

**El Valle de Jesús,
Puente Nacional y Vélez**

CAPITULO VIII

Cinco leguas casi al norte de Saboyá demora el Valle de Jesús, distrito parroquial del cantón de Vélez, cuya visita emprendimos terminada la del de Chiquinquirá. Trepa el camino hasta la cumbre de la alta serranía llamada Peña de Saboyá, desde la cual se domina completamente la hoya de los ríos Guayabal, Delvalle y Guache, que reunidos bajo el nombre de Popoa, cerca del Puente Nacional, aumentan el caudal del Suárez, antes Simijaca o Balsa, y se descubre una sucesión de cerros y colinas que se inclinan hacia el lejano Magdalena, perdiéndose entre la niebla del horizonte. Por una bajada rápida en extremo, y sobrado resbalosa cuando llueve, se llega al pequeño vecindario del Chuscal, donde se encuentran posada y alojamiento regulares y abundancia de ciertos animalillos "de cuyo nombre no quiero acordarme", los cuales hacen al viajero forzosa e inevitable compañía durante una jornada o más si se descuida. En las veces que por diversos caminos bajamos desde la planicie chibcha a las comarcas de clima templado o cálido y volvimos a ella, había notado que el cambio sensible de temperatura y del carácter de la vegetación coincidía con la desaparición de las flores de achicoria en la bajada, y su reaparición en la subida. Desde luego supuse que aquella planta tenía en los Andes un límite inferior, el cual podría tomarse como demarcación sensible de las regiones subandina y superandina. Tres observaciones hechas, la una cerca de Caldas, la otra pasando el alto *Dos caminos*, entre Canipauna y Chiquinquirá, y la tercera, poco antes de llegar al Chuscal, todas ellas en el lugar en que las flores de achicoria cesaban de matizar las praderas, dieron por resultado 19° del centígrado como temperatura media, y de 2.520 a 2.470 metros de altura sobre el nivel del mar. Este resultado es digno de anotarse y convida a repetir las observaciones hasta llegar a una inducción categórica, pues de esa manera quedaría establecida una señal bien visible de los límites de las dos grandes regiones en que nuestro territorio se divide, y por consiguien-

te los de las zonas agrícolas, en que el cultivo de ciertos frutos se halla predeterminado por la naturaleza, y que hoy, por un mal entendido deseo de lucro, confunden en algunas partes, sin concebir que la Providencia ha querido fijar en este suelo, por la reunión de climas variados en cortos espacios, el fecundo principio de la división del trabajo agrícola; principio altamente progresista, que la razón humana en estos últimos tiempos aplicará al trabajo fabril con beneficio palpable de todos y en todo.

Desde que se pisan los linderos del Valle de Jesús se nota lo numeroso de su población y la índole industriosa de sus moradores. Por dondequiera se ven casitas rodeadas de sementeras y cañaverales, gentes labrando los campos o cosechando frutos: de trecho en trecho resuena el chirrido de los pesados trapiches, y se alza en blancos penachos el humo de las casas en que se confecciona la miel de caña. Allí todos son propietarios, ninguno indigente; y esta igualdad de medios de hacer fortuna excita la actividad industrial de cada uno, e imprime en su alma cierto sentimiento de independencia, que cuando sea vivificado por la luz de la instrucción, formará la base de sólidas virtudes civiles. El centro del distrito es un pueblo del mismo nombre, fundado sobre una ladera ondulante que termina en la margen izquierda del claro y pintoresco río Delvalle. Las calles principales están empedradas; las casas cómodas y espaciosas, muchas de ellas de tejas y algunas de dos pisos; el aspecto de los habitantes, robusto y de gentes bien halladas con su suerte, atentos y obsequiosos con los forasteros, respetuosos a las autoridades y vecinos notables. Hospedónos en su casa el señor Juan Nepomuceno Téllez Melo, jefe de una familia tan numerosa como una tribu, hombre llano, franco y rebosando en ideas patrióticas nada comunes. Datos, noticias, exploraciones, todo lo facilitaba con el empeño y buena voluntad que un egoísta habría puesto en cosas de su privado interés. El influjo de que goza, justamente merecido, lo emplea en bien del pueblo y guiado por las más sanas intenciones. El cura del Valle, doctor Mariño, es digno también de mención especial, como caballero y como sacerdote ilustrado, protector de la escuela de niños, que cuenta 35 alumnos, y promovedor y director de la hermosa fábrica de la iglesia, cuya conclusión acelera el activo párroco sin escasear los esfuerzos personales y con el menor gravamen posible a sus feligreses. El Valle de Jesús deja recuerdos gratos al viajero, tanto por la índole honrada y carácter obsequioso de sus moradores como por el aspecto de sus campos cultivados y de sus

caminos cuidados con esmero, signos de la prosperidad creciente de aquel distrito.

Dos caminos llevan del Valle al Puente Nacional: el que parte hacia el noroeste atravesando el río Guache, y el que, tomando la dirección sureste, pasa por el río Guayabal, y torciendo al este enfila el *Puente de piedras*, formado por la naturaleza sobre el río precipitado del Suárez. Elegimos el segundo, porque conduce directamente a la brecha de la serranía por donde en otro tiempo rompieron las aguas del gran lago de Fúquene para caer sobre las tierras bajas de Vélez; hecho que deseábamos comprobar como complemento y confirmación de las observaciones anteriores acerca de la formación sedimentosa de la gran llanura que empieza al pie del Volador de Fúquene, y corriendo de sur a norte, con un declive sensible, termina en los cerros de Saboyá. En efecto, andadas dos leguas y media escasas se entra en las ruinas de la serranía por un camino estrecho y pedregoso que costea los restos del cerro de la derecha, dejando a la izquierda una hondonada irregular, excavada por el choque de grandes masas de agua, como lo manifiestan lo atormentado del suelo, los grandes sulcos de los cerros adyacentes, casi despojados de tierra por esta parte, y las enormes rocas de calcáreo silíceo, descarnadas pero no movidas de su antiguo asiento. Más adelante las señales de destrucción se aumentan: la cima de la serranía se presenta cercenada y en partes cortada por cauces profundos, a los cuales corresponden socavones en lo bajo, señal de que allí cayeron los primeros torrentes de las aguas libres de barrera; después, y en la dirección del curso actual del Suárez, yacen desparramados peñascos ponderosos, lanzados a lo lejos por la potente irrupción del lago cuando se hubo desgarrado hasta su base el alto cerro. La inundación debió ser espantosa, puesto que teniendo el lago primitivo 40.000 metros de longitud y 15.000 de latitud media, la serranía perdió de repente 1.100 metros de altura desde la cima hasta el fondo de la brecha, violentamente abierta por el empuje de las aguas del vasto recipiente. Así, no hay cerro en derredor que no haya sido cercenado en la mitad por lo menos de su volumen originario, y sus despojos han ido a formar por largo trecho valles y laderas de terreno revuelto y configuración particular. El puente de piedras es una aglomeración confusa de rocas gigantescas rodadas unas sobre otras por espacio de 200 metros, en el sentido del desagüe del lago, amontonadas, enclavadas y perforadas, de manera que constituyen una bóveda, por debajo de la cual corre

bramando el Suárez, reapareciendo después a treinta metros de profundidad. En tiempo de fuertes lluvias el río se halla estrecho en el socavón y desborda por encima de los peñascos, formando saltos ruidosos, que sin embargo no desquician aquella fábrica estupenda. Vista desde el extremo norte, donde forma un plano, por el cual pasa el camino, presenta un paisaje de admirable grandeza: una rica vegetación cubre ambas orillas, inclínanse los árboles sobre los peñascos rojos y parduscos, los cuales suben encaramados unos sobre otros hasta perderse entre el distante cortinaje de verdura y flores silvestres, rasgado a trechos por torrentes de agua espumosa, que desde luego desaparecen cayendo a la caverna; óyese debajo el sordo tronar del río quebrantado por las rocas, y encima todo es quietud, amenidad y frescor: un simple lecho de piedras separa lo bello de lo terrible, tanto más terrible cuanto se siente y no se ve: ¡las flores encima, el abismo debajo! Allí se medita involuntariamente, y el hombre experimentado recuerda los contrastes de la vida, y cavila en Dios.

Como una legua más adelante del puente de piedras se llega a lo alto de un recuesto, desde el cual se descubren las vegas angostas por donde corre el Suárez, que los indígenas llamaban Sarabita, avistándose también el Puente Nacional, linda y aseada villa recostada en la falda de la serranía fronteriza. Tomó su nombre de un antiguo puente echado por los españoles sobre el Suárez, en tiempo en que una obra de éstas era cosa rara y formaba época en los mezquinos anales del Virreinato. Sementeras de caña, maíz, plátano, trigo, cebada, añil, café y gran variedad de granos y legumbres demuestran la fertilidad del terreno, la suavidad del clima y los hábitos laboriosos de los moradores en el distrito, que hoy cuenta 13.000 vecinos, la mayor parte propietarios de pequeños predios, todos bien acomodados, activos e industriosos, de costumbres sencillas, y fáciles de entusiasmar en nombre de la libertad y de la República. Allí reside el doctor J. A. Chaves, obispo de Caledonia, patriota venerable, que señala con un beneficio cada día de su vida, sacerdote ilustrado, tolerante, lleno de mansedumbre y modestia, de cuyos labios salen solamente palabras de bondad y de paz. Honréme con su trato y comprendí cuánta razón tienen aquellos vecinos para respetarle y amarle, y cuánto acertarían en seguir siempre sus consejos, dictados por el verdadero patriotismo y el ingenuo deseo del bien público. La iglesia del Puente, ensanchada y mejorada por el señor Chaves, sería digna de la villa si no abunda-

sen las imágenes de bulto, deformes y mal ataviadas. Santo hay allí que ostenta un sombrero blanco a la *Bolívar*, encasquetado hasta la nuca, lo cual forma, con las vestiduras talares y el semblante distraído de la imagen, un todo realmente ridículo. Lo peor es que no le faltan compañeros del mismo pelaje; por manera que no un templo cristiano sino adoratorio del paganismo parece aquello, sin mérito en las obras de escultura, sin belleza ni decoro en el conjunto. El abuso de las imágenes no es solamente atentado contra el buen gusto, sino una degradación del culto. Religión eminentemente espiritual y severa, el cristianismo no admite en sus manifestaciones externas adornos que no sean obras maestras, como tributo de la inteligencia y de la civilización cristianas; en defecto de ellas, valiera más poner sobre los altares una simple cruz, símbolo de la regeneración del linaje humano y objeto material que jamás extraviará las ideas del pueblo, como sucede con las imágenes que adora y contempla, cual si fueran otros tantos dioses; habiendo llegado a tal extremo la aberración religiosa entre las gentes de nuestro pueblo iliterato, que cuando les faltan imágenes se apresuran a inventarlas, deificando piedras y cortezas con el nombre de *santos aparecidos*; para estos hombres cándidos y mal doctrinados no hay creencias fuera de la superstición; no hay culto si no lleva las formas del politeísmo. Todos estos errores caerán luégo que la ilustración penetre hasta el fondo de la sociedad, pero caerán sin tener qué sustituirles, si nuestro clero no se apresura a variar de sistema en la instrucción religiosa, dada por medio del culto y del público, y comprendiendo el espíritu de estos tiempos, no sólo prescinde de las prácticas supersticiosas, sino las ataca vigorosamente para inculcar y difundir el conocimiento de las doctrinas sociales del Evangelio. De lo contrario, vendrá una época de irreligión terrible y azarosa cuanto inminente ya, y de los males que traiga, nadie, excepto el clero, será responsable, porque él habrá sido causante de ellos a sabiendas, o causante por ignorancia voluntaria de los hechos actuales y de sus próximas circunstancias. No exagero ni declamo: expreso aquí reflexiones que la observación inmediata del estado moral del pueblo jornalero sugeriría a cualquiera que visitara los lugares que llevo recorridos; y no se necesita mucha perspicacia para notar que el peor enemigo que hoy tienen las creencias religiosas es el culto tal como se practica en los pueblos, abusivo, desnaturalizado, sin objeto ni resultados sociales,

salvo el error y las preocupaciones que engendra en los ánimos sencillos.

Del Puente Nacional a Vélez hay cuatro leguas escasas, ora se tome el camino que pasa por Guavatá, ora el que demora al este de dicho pueblo. Entrambos atraviesan la serranía llamada Alto de Tuyamuca, muro contra el cual se estrellaron las aguas del roto lago de Fúquene, obligándolas a tomar la dirección nornoreste que conserva el torrentoso Sarabita con varias inflexiones accidentales hasta perder su nombre al unirse en las Juntas con el Sogamoso.

Vélez, capital de la provincia, fue fundada definitivamente a fines de 1539 por el capitán Martín Galiano, en tierras del cacique Chipatá, y a la banda meridional de un alto cerro, con el doble objeto de sujetar a los indios comarcanos y de establecer una escala de comunicación hacia el Magdalena por la vía del Carare, pues la del Opón, transitada desde la invasión del conquistador Quesada, era sumamente quebrada, difícil y áspera, en términos que hoy no se concibe cómo pasaron por tales riesgos y desiertos cubiertos de espeso bosque los descubridores del país de los chibchas. Tiene Vélez 11.500 vecinos aposentados en casas de construcción pesada y antigua, en las cuales pocas mejoras ha introducido el transcurso del tiempo. Las calles son irregulares a causa de las quiebras del terreno, y están empedradas de grandes guijarros negros y lustrosos, en los que abundan las impresiones fósiles, especialmente de ammonitas de monstruoso grandor, muy comunes en los alrededores de la ciudad, particularmente en la serranía de Tuyamuca, cubierta por lechos de piedras rodadas, fuertemente impregnadas de óxido de hierro. Hay dos plazas, y en cada cual una pila de piedra común mal labrada. En materia de ornato público, Vélez no ha dado un paso aunque sí en materia de aseo de las calles y de lo exterior de las casas. El hospital, el colegio y la escuela normal, únicos establecimientos públicos, yacen tristemente abandonados, y en breve el local de los dos primeros será un montón de ruinas. La iglesia . . . ¿para qué reproducir cuadros cuyo trazado causa pena? Así, pues, Vélez, capital de una provincia riquísima en minas, en agricultura, en maderas, bálsamos y resinas de toda especie, poblada de gentes industriosas, honradas y pacíficas, tiene el aspecto de una ciudad decadente y aletargada, extraña e indiferente al progreso general de la República. La causa principal de esta parálisis es la falta de un buen camino que ponga en comunicación el centro de la provincia con el Magdalena. Re-

ducida a producir lo que ella misma consume, proporciona medios de existencia a los innumerables propietarios del suelo y a los que se ocupan en el comercio interior; mas no puede suministrar a la capital el calor y el movimiento de una industria próspera, creciente y activa, cual lo sería el comercio exterior, alimentado por el laboreo de las minas y el cultivo de frutos exportables valiosos, como los produciría Vélez si contara con salidas. No lo ignoran sus vecinos; pero tal vez no se hallan suficientemente persuadidos de que sin ese camino mercantil, jamás saldrán del abatimiento económico en que se encuentran, siendo, por tanto, obra en la que todos deberían tomar parte, por el bien de sus hijos y por honor de su provincia.

No obstante la riqueza natural del suelo, y por una consecuencia del aislamiento en que la capital se encuentra, "la clase pobre, dice un documento oficial, es mucho más numerosa que la acomodada: por cada uno de los individuos de ésta puede haber doscientos de aquélla". Así se echa de ver en el desaseo personal y vestidos miserabilísimos de gran número de proletarios: así lo demuestra también la incalificable cifra de 147 nacimientos ilegítimos en 316, total de ellos en el transcurso del último año: la miseria y la corrupción van siempre a un nivel. Entre las personas afortunadas y las que la suma miseria degrada, hay, permítaseme la frase, una clase media, compuesta de mujeres laboriosas ocupadas en el comercio y fabricación de artículos de inmediato consumo, las cuales son un ejemplo palmario de que en esta tierra el trabajo y la economía traen consigo infaliblemente el bienestar. Distínguense por el limpio vestido compuesto de camisa profusamente bordada de colores, enaguas de bayeta fina, alpargata nueva y sombrero de jipijapa con ancha cinta negra, el cual sujeta la mantellina de paño que llevan flotante para lucir la camisa y el rosario de oro. Mandan sobre los proletarios, no con imperio, sino tratándolos con dulzura como a iguales, y frecuentemente se las ve dar de comer de balde a los muy infelices; en el corazón de estas excelentes hijas del pueblo no tienen cabida el orgullo ni la dureza que en otros menzudados produce la posesión de la riqueza. Tal es el fondo del carácter en los habitantes de la cordillera granadina: bondadosos, desprendidos, hospitalarios, dispuestos al bien por instinto: tanto más vituperable es el abandono en que suelen dejar a este pueblo sus conductores civiles y sus institutores religiosos. Nada se hace para mejorar su situación material; nada para contener las licencias de las costumbres.

Los martes y sábados hay mercado en Vélez: el primero es pequeño y como preparatorio del otro, que es muy concurrido y abundante. Desde el alba empiezan a llegar los campesinos, unos arreando sus bueyes enjalmados y cargados de comestibles, y otros cargados ellos mismos con fardos que traen a espaldas. Las dos cuestas donde desembocan los caminos que van a los distritos y labranzas del opuesto lado de ambas serranías se cubren de hombres, mujeres, muchachos y bueyes conductores de los variados frutos con que la fecunda tierra premia sus tareas, o de jaulas y sartas de aves domésticas, o de marranas acompañadas de su numerosa prole, cada animal con su cabestro, yendo a parar los cabos juntos a la mano izquierda del propietario, quien blandiendo en la derecha una rama, obliga a marchar por delante y en buen orden las futuras víctimas, exactamente como pintan a Apolo rigiendo los caballos del Sol; salvo que los gruñidores cerdos no siempre se muestran dóciles al cabestro, y que el representante de Apolo nada tiene de bello y sí mucho de indígena, pobremente ataviado y descalzo de pie y pierna: ni faltan indiecitas que vienen de lejos ensayando sus fuerzas con un pequeño haz de leña, encorvado el cuerpo y oprimida la frente por la faja de donde pende la carga, la cual valdrá un cuartillo a lo sumo; un cuartillo basta para satisfacer todas las necesidades de una de estas criaturas durante el día; menos de un cuartillo, si tienen la desgracia de no vender la leña. ¡Pobres aprendices en la escuela del sufrimiento, tan larga y tan severa! Desde que empieza el mercado hasta las tres de la tarde, están los vendedores fijos en sus puestos, clasificados por grupos, según el género que venden, y atentos a despacharlo, si es al peso en balanzas formadas de dos canastillos pendientes de un madero que hace el oficio de brazos, fabricadas por los vendedores y de cuya fidelidad no duda el comprador, como tampoco de la exactitud de las pesas, que son trocitos de madera o piedras de diversos tamaños; y si es por medida, en canastillos de cuya capacidad tampoco se duda; sistema que hace recordar la sencillez de costumbres del tiempo de Homero, cuando las princesas lavaban la ropa de la familia en los arroyos, y los banquetes regios se componían de un buey asado. Desde las tres en adelante comienza el movimiento de retirada de los expendedores y el arreglo de sus cuentas por préstamos recíprocos que se han hecho, el cual arreglo suele parar en desarreglo de palabras y obras, según la complicación de las cuentas o la cantidad de chicha que los contabilistas llevan dentro. Al caer de la tarde

vuelve a quedar la ciudad sumergida en la inercia: las tiendas se cierran, las calles se desocupan de gente, y algún tiple tocado por la ya trémula mano de un galán que obsequia a su dama en la desprovista chichería, a la luz de dos o tres cabos de velas de sebo, pegados de las tablas, es lo único que aún interrumpe el silencio donde poco antes reinaban el bullicio y la animación de innumerables personas, todas hablando en voz alta y cada cual de su peculiar negocio; de manera que el que recoja al acaso las palabras según suenen, no podrá menos de reírse de los disparates y *quid pro quos* muy originales que de ellos resultan. Con la noche mueren los últimos ruidos, y las tinieblas se encargan de cobijar al labriego que no pudo atinar con el camino de su casa. Ninguna pendencia formal, ningún desorden serio tiene lugar entre tanta gente congregada. La vista de una vara de alcalde, o del bastón borlado del jefe político basta para poner término a las disputas, sometiéndolas a la decisión de la autoridad, de la cual nadie se queja ni apela, no por timidez servil, sino por sincero respeto a las autoridades populares, que por lo regular corresponden con decisiones equitativas.

